

A través del espejo Mirar allá arriba, en la noche

Hugo Hiriart



Heinrich Heine

Musitan las olas su rumor eterno...
El viento aúlla y las nubes pasan...
Las estrellas cintilan en lo alto...
Mudas e indiferentes...
Y un tonto ahí clavado...
Espera una respuesta...

Pero alguien ahí clavado que no espera ninguna respuesta, ¿es por eso más listo?, ¿o ese indiferente es aun más tonto?

El poema es de Heine y muy característico de su arte: buscar lo sentimental, hallarlo, y derrocarlo luego con ironía o sarcasmo, porque, como explaya Emilio Uranga, en cuyo ensayo sobre el poeta encontré este poemita, (Heine) “cumple muy bien el papel que se asignaba a sí

mismo en la historia de la literatura: ejecutor testamentario del romanticismo e iniciador de la poesía moderna, revolucionaria o nihilista”.

Como decíamos, o mejor, decía Heine:

Hablan un habla
Tan rica y tan hermosa...
Pero ningún filólogo
Puede entenderla...

Esta habla no es de poetas, es la de las estrellas. Y todo Heine nos remitía a aquella escena, narrada en sus memorias, que nos refirió Uranga, y Segundo Portilla y yo de adolescentes no nos cansábamos de comentar:

Cierto día en la Universidad de Berlín contemplaba Heine desde un ventanal el paisaje nocturno. Mientras el joven poeta estaba sumergido en la ensoñación que le procuraba esa magnífica noche estrellada, se acercó a su lado nada menos que el propio Hegel. Expresando su propia emoción Heine se soltó en disertaciones poéticas sobre las estrellas como “mansiones de los bienaventurados”. Hegel le clavó la mirada de sus ojos azules y le espetó con sequedad: “Las estrellas no son más la lepra blancuzca que le ha salido al cielo”. Y Uranga teatralizaba la sorpresa del joven Heine ante semejantes palabras de su maestro. Pero, decía, porfió el muchacho y sin desanimarse volvió a la carga, y trató de persuadir al filósofo de que “en definitiva” (como solían decir los filósofos) había que creer en la existencia de un “lugar”, “local” o “recinto” que daría

albergue a los bien portados, los que podríamos llamar bienaventurados.

Y aquí es cuando Hegel, imperturbable y magistral dio la irónica y brillante respuesta que tanto discutíamos Segundo y yo: “Ajá, ¿con que el señor aspira a que se le dé allá arriba una propina en premio de haber cuidado a su madre enferma, y no haber asesinado a su hermano?”.

Nosotros llamábamos a esto “moral de la propina”.

Heine estudió con Hegel. Lo admiraba, pero también, inevitablemente, se burlaba de él. Así describe en la *Alemania* al profesor. Se sentaba a dar lecciones y miraba inquieto a derecha y a izquierda, “temeroso de que alguien lo entendiera”.

No quisiera dar fin a este brevísimo saludo a Heine, no es otra cosa, sin mencionar al gran Bécquer y a las serpientes. Hoy nadie duda de que hay presencia heineana en las prodigiosas *Rimas* del maestro sevillano. Una prueba son las serpientes, pululantes en ambas quejas de amor. He aquí la muestra:

(Heine)¿Qué están emponzoñadas
mis canciones?

¿Y no han de estarlo, di?
Dentro del corazón llevó serpientes,
Y a más te llevo a ti.

(Bécquer)Sé que en su corazón, nido
de sierpes,
No hay fibra que al amor responda;
Que es una criatura inanimada, pero...
Es tan hermosa. ▮

Hoy nadie duda de que hay presencia heineana en las prodigiosas *Rimas* de Bécquer.